

decirse, algo que mire al bien común y tienda positivamente a la propagación de la verdad.

Porque este es el fin propio de la enseñanza, la defensa y propagación de la verdad; y a esto se encamina la educación considerada en su más amplio sentido y en todas sus relaciones posibles: verdad científica en la cultura intelectual; verdad en las relaciones de hombre a hombre y del hombre con Dios, en la cultura moral y religiosa; verdad de sentimientos y afectos en la educación artística, que en cierto modo las comprende todas, porque el hombre es el artista de su vida, y la belleza que ha de realizar en su conducta y costumbres es como el resplandor de todo lo bueno y verdadero.

De aquí precisamente la primera oposición, la primera fuerza contraria al movimiento progresivo de la enseñanza, es a saber, la resistencia: cosa necesaria en verdad, pues que sin ella no concebimos movimiento alguno, pero cosa también que ha de vencerse; y no con esa inactiva parsimonia que tanto se asemeja en los pueblos de nuestra raza a la resignación del islamita, sino a fuerza de perseverancia y de ingenio; que por algo se llamó así en nuestra lengua toda máquina, y toda máquina es algo que mueve y ayuda nuestras fuerzas para vencer alguna resistencia. Tiene ésta un nombre más determinado en el terreno de la instrucción pública, y es aquel primitivo estado de ignorancia en que todos nacemos, y el error en que tan fácilmente incurrimos, cuando una temprana cultura no prepara nuestra inteligencia para la verdad. Y en tal estado, es nuestra condición tan mezquina y verdaderamente lastimosa, que satisfechos con los propios errores, y hasta rindiendo miserable culto a estos «ídolos intelectuales», como dice Bacon, la verdad nos escandaliza, y aun compadecemos como a insensato a quien se atreve a predicarla, ¡cuando no le tengamos por un perverso y un corruptor de nuestras costumbres!

¿Y qué podéis hacer vosotros contra esa resistencia? Podéis hacerlo todo, señores. Porque vosotros comprendéis perfectamente los bienes que a la República proporciona esta educación liberal, que vosotros mismos habéis creado con conocimiento de causa, y sabiendo lo que hacíais, como es de suponer; y acaso, acaso, vosotros mismos no podríais destruirla, aunque por imposible, que también lo imposible puede suponerse, alguien lo pretendiera entre vosotros. Es justicia que os debo, y no lisonja enteramente ajena a mi carácter.

Ma tenemos otra fuerza contraria, hija legítima de la anterior, pero aún más ciega y más terrible; y es aquella superstición que atormenta en este orden de cosas, como en otras a otros desdichados, a los que habiendo recibido cierta educación limitada y convencional, más propia de otros tiempos y de otra vida, que la del ciudadano en una república, temen con aparente sencillez por el corazón de los niños; por más que a una sólida y verdadera cultura intelectual se junte aquí, con tanta autoridad, y acaso más garantías

de acier  
una ver  
indigno  
tengo p  
deslizar  
de una  
que todo  
traer a e  
más bell

Es,  
jante co  
progreso  
temores  
los hom  
esos sus  
cidos ca  
fácil qu  
mengua  
merece.  
edificio,  
consider  
aquellos  
mente c  
ver, en  
con el n  
esto en t  
palabras  
bien cla  
vuestros  
lo sean

Otro  
aquí, es  
todos lo  
y todos  
movimie  
ambición  
no me  
dañosa y  
el corazo  
oponerse  
blasona  
a una e  
a la suy  
intelectu  
que los  
la vida,